

En Cataluña solo hay una salida: huir hacia adelante.

La gran estrategia de los movimientos sociales independentistas es sumar a los no-independentistas como si lo fueran o buscaran los mismos intereses. En psicología social se llama arrastre mimético. La psicología social podría construir sobre la mimesis la posibilidad de una ley universal, al estilo que la teoría de la gravitación lo es para la física. La masa de un cuerpo se incrementa en la medida en que su aceleración aumenta. Girard fue el que advirtió la relación entre el concepto de masa en física y multitud mimética en lo social, por eso le llaman el Darwin de la cultura (Michel Serres), o el Newton de las ciencias sociales (W. Palaver; J-M Oughourlian).

La hipótesis de Oughourlian en *La Génèse du désir* es clara: «los fenómenos humanos están gobernados por un principio único, la mimesis universal. ... la manifestación más fundamental y elemental de este principio es la fuerza de atracción de los seres humanos de los unos a hacia los otros, que determinan el interés que se demuestran mutuamente [...] esta fuerza es proporcional a la masa de cada uno e inversamente proporcional al cuadrado de la distancia que les separa». Masa, pues, en psicología va a significar aquello que cada uno representa para el otro, la atracción que cada uno ejerce sobre otro. «La mimesis desencadena una multitud, la fuerza de cohesión de un grupo o de una masa es proporcional al número de individuos que la componen»¹.

Gustave le Bon (*La psicología de las multitudes*) y Elías Canetti (*Masa y poder*), pioneros en el análisis de los fenómenos de masa nos instruyen para predecir lo que pasará en Cataluña.

«Las masas experimentan una fuerza de atracción mimética prodigiosamente hipertrofiada por el aumento de los dos parámetros que la determinan. Por un lado, el aumento de la “masa” que en psicología se confunde con su nombre [...] Por otro lado el aumento vertiginoso de la inversión de la distancia que separa a los sujetos. La noción de multitud se fundamenta en primer lugar sobre ese prodigioso acercamiento de los sujetos que los precipita pronto a los unos contra los otros y provoca una coalescencia de sus “individualidades”. La masa heterogénea y amorfa se transforma en homogénea y activa espontáneamente. El movimiento se comunica de nosotros a otros y todos se dirigen al lugar de mayor densidad mimética. “Una vez que los parámetros del número y la distancia se empiezan a hipertrofiar, la atracción ejercida por la masa o la multitud aumenta de manera exponencial”². «Desde el momento en el que la masa se constituye, tiende a aumentar... la masa natural es la masa abierta. Su incremento, en principio, no conoce límite»³.

El problema que nos presenta Cataluña es lo que Girard anunciaba en *Los orígenes de la cultura*: «Cada vez que el yo se enfrasca en las relaciones interindividuales copiando los deseos de otro, se olvida del origen de sus movimientos. Esto genera [distorsiones de la realidad que requerirían una “metapsicología del deseo”] ilusiones metafísicas: Autonomía, propiedad, anterioridad, autenticidad»⁴. Generamos un mundo ilusorio, para escapar de la realidad. La realidad está preñada siempre de rivalidad, mi identidad me la da el otro. Tanto más pobre o débil es mi identidad tanto más la remarco por oposición a un rival imaginario. La rivalidad que lleva aparejada la forja de la identidad descansa sobre la verdad universal que es deseo mimético. Salir de esta trampa del deseo de ser según el otro, poseer la fuerza imaginada de la identidad fuerte del otro como rival, requiere una especie de conversión. Por eso mi posición es pesimista.

¹ Cf. J-P., Dupuy, *El pánico*, p. 150.

² Le Bon, in J-M., Oughourlian, *La génèse du désir*, p.152

³ E., Canetti, *Masa y poder*, 1966, p.12.

⁴ R., Girard, *Los Orígenes de la cultura...*

Hay que huir hacia adelante en una escalada exponencial de la violencia ^los que Clausewitz llamaba “la escaldada a los extremos, hasta las tinieblas exteriores” que justifique, con el hallazgo fortuito y mágico de las víctimas mortales e inocentes que se esperan con ansia, el revestimiento fuerte de la posición victimista-identitaria débil.

El uso de las plataformas digitales creadas ad hoc para convocar manifestaciones, algaradas, etc. está dentro de los nuevos modos de generar masas de presión: Smart mobs, crowd, flash mobs o mobs, simplemente, es una forma de organización social que nace y se estructura a través de las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones. El término fue acuñado por Howard Rheingold en su libro *Smart Mobs: The Next Social Revolution* ("Multitud o Muchedumbre Inteligente". La Próxima Revolución Social)

Según Rheingold, los "smart mobs" son un indicador de la evolución de las tecnologías de comunicación y son las que otorgan poderes a las personas en cuanto masas miméticas. Estas masas son lo que llamaba Canetti: masas de acoso.

“La masa de acoso se constituye teniendo como finalidad la consecución rápida de un objetivo. Éste le es conocido, y está señalado con precisión; se encuentra, además, próximo. La masa sale a matar y sabe a quién quiere matar. Basta con dársela a conocer, basta con comunicar quién debe morir, para que se forme la masa. La determinación de matar es de índole muy particular, y no hay ninguna que la supere en intensidad. Todos quieren participar, todos golpean. Para poder asestar su golpe, cada cual se abre paso hasta llegar al lado mismo de la víctima. Si no puede golpear, quiere ver cómo golpean los demás. Todos los brazos salen como de una misma criatura. El objetivo lo es todo. La víctima es el objetivo, pero también es el punto de máxima densidad: concentra en sí misma, las acciones de todos”.⁵

Los principios que rigen su formación como masa de acoso son: 1. La masa siempre quiere crecer; 2. En el interior de la masa reina la igualdad por crecer la identidad como víctima colectiva; 3. La masa ama la densidad; 4. La masa siempre se mueve hacia algo. Existirá mientras tenga una meta no alcanzada; 5. El origen es mimético y su multiplicación también.

Si esto es así nos permite predecir que seguirá creciendo exponencialmente la presión... hasta que el “verdugo” (los otros) derramen sangre y quede justificada a posteriori la motivación de la puesta en marcha del proceso. Se le atribuirá al verdugo la culpa y quedará justificada la bondad de la intención pacífica originaria de la víctima y legitimada su pretensión. “Todas las exigencias de justicia, todas las teorías igualitarias extraen su energía, en última instancia, de esta experiencia de que cada cual se reconoce a su manera a partir de la masa”⁶.

La multitud se dota de una especie de “alma colectiva”. El individuo adquiere, por el hecho del número, un sentimiento de poder invencible, permitiéndole “ceder a instintos que a solas hubiera necesariamente refrenado”⁷. Se trata de un fenómeno mimético, insiste Oughourlian, no de un fenómeno político, ético, o cualquier otro tipo de justificación. Siempre es un agravio originario, que puede ser fruto de la imaginación o de determinada verdad difuminada por el paso de la historia hasta ser reducida a un mero acontecimiento luctuoso de la noche de los tiempos que retroalimenta el resentimiento. Da lo mismo. La clave es que antes de que la masa se congregue cada individuo vive su propio resentimiento -sostenido sobre cualquier cosa, suceso o persona interpretado y vivido en clave individual no expresa- y que periódica y

⁵ E. Canetti. *Masa y poder*, 1966, p.17

⁶ Gustave le Bon, *Psycologie des foules*, 1895, 1963, p. 11

⁷ *Ibid.*, p. 13.

cíclicamente necesita purgar. Cuando se pone en marcha el mecanismo expiatorio, la descarga es tan terapéutica que se multiplica a sí misma, y todos los actores sienten que de nuevo corre la vida por sus venas. Este es el mecanismo generador de cultura, de identidad, es una cuestión de psico-sociología de masas. La multitud es la única capaz de propagar la mimesis del antagonista y desembocar en un proceso victimario. Y este mecanismo es el origen del hombre cultural.

El paso necesario es, según Le Bon, el contagio mental, que ha de ser ligado a los fenómenos de orden hipnótico. “La hipnosis puede ser legítimamente considerada como una multitud de dos”⁸. El contagio es un efecto posterior a la sugestibilidad. El yo se transforma en un nosotros autónomo. Es un estadio anterior al lenguaje. El lenguaje sirve más para desunir que para unir. Y aquí es donde entran en juego los discursos de una y otra parte. Se esgrimen conceptos como legitimidad, justicia, necesidad, identidad, nación, historia, pero todo es puro lenguaje, ininteligible e incompañable más allá de mantras arrojados. Todos los discursos exhiben ciertas simetrías, calcos del discurso del otro invertido. Sin advertirlo se toman unos a otros por modelo, lo mismo que por obstáculos o por rivales. La sociogénesis es obra de la dimensión espacial de la mimesis. En una multitud esa dimensión va a ser desmultiplicada por el fraccionamiento del modelo. El *sonambulismo plural*, lo llama Le Bon, disolución del yo-del-deseo de cada sujeto. La sugestión se incrementa por la repetición de los discursos, de las escenas, y del argumentario aparentemente compartido. Desaparece la voluntad. Nadie puede reivindicar la prioridad. Y, lo que es más alucinante -digo bien porque es todo el producto de una alucinación colectiva o sonambulismo colectivo-, una vez que la multitud se dispersa, que el delirio se apacigua, el yo-del-deseo de cada sujeto se reconstituye, dejando lugar a la amnesia total. “¿Cómo he podido hacer una cosa así?”... Y vuelven al trabajo. Algunos que habrán sufrido en sus carnes el dolor de los golpes se encontrarán en el resentimiento que retroalimentarán con una identidad más fuerte si cabe con el grupo de los que se sienten víctimas, a las que antes tal vez no pertenecía, esperando el siguiente ciclo de desahogo expiatorio catártico.

La tragedia griega y las fiestas dionisiacas cumplían esta función, el Coliseo romano, era más de lo mismo: la canalización mediante la representación de la necesidad catártica de expulsión de la violencia. Pero ahora el fútbol reclama *fair play* (al menos en el cuadrilátero que simula la pelea simétrica por equipos que representan la identidad nacional, en las gradas es otra cosa), los toros han sido expulsados de la vida cultural, ¿qué otro mecanismo colectivo nos permitirá la purga necesaria de la olla a presión? ¿Qué válvula nos dará la posibilidad de expulsar el vapor contenido antes de que estalle? El rito ya no funciona, pero evoluciona, se muta en sus sucedáneos festivos, en algaradas, en manifestaciones. Algunos vestigios nos permiten recordar los acontecimientos primordiales que forjaron la comunidad humana mediante la víctima expiatoria, pero, aún difuminados continúan en la fiesta y el folclore, y a veces se vuelven a transformar en acontecimientos de la historia, en actualizaciones macabras. En un artículo publicado por Alfonso Vila Francés, titulado: “Si no quemamos herejes, quemaremos curas”⁹ dice así: “Sí, el fútbol es muy importante para la paz social, pero hemos venido aquí a hablar de curas, en concreto de curas quemados, quemados dentro de sus iglesias y conventos o quemados en las plazas de sus propios pueblos, al modo tradicional, y para hablar de curas quemados hay que hablar de toros... ¿¡Qué curioso, no!?” -se pregunta...-” y nos introduce un poema famoso en Cataluña: «La rima es muy fácil, pero es demoledora: tan demoledora como la simplicidad feroz de la historia: “había corrida en Barcelona. Salieron seis toros, y los seis eran malos... ¿Y qué pasó?”». Manuel Delgado, profesor de antropología religiosa en la universidad

⁸ Freud, *Psychologie collective et analyse du moi*, 1925, p. 156

⁹<http://www.jotdown.es/2015/10/si-no-quemamos-herejes-quemaremos-curas/>

de Barcelona, nos transcribe en su libro *La ira sagrada. Anticlericalismo, iconoclastia y antiritualismo en la España contemporánea*¹⁰, una crónica detallada de lo sucedido:

«A primera vista parecerá absurdo el motivo y la reacción airada y sangrienta de las turbas: estas salían de los toros aquel sábado día 25 de julio, fiesta de San Jaime. Se lidiaron seis toros [...] que resultaron absolutamente mansos. El público perdió los estribos y la vergüenza. En el último toro del festejo se lanzó al ruedo, lo mató a garrotazos, destrozó la plaza y sacó al animal a rastras por las calles. Después arrastraría los cadáveres de los frailes, mientras se alzaban las hogueras de los conventos en la noche barcelonesa».

La pregunta que se hace Alfonso Vila es la que nadie se hace y que si se hace no es en clave girardiana, que es donde se vuelve diáfana: “Pero ¿cómo pudo pasar eso?” En el fondo es convertible en “¿qué tendrá que ver una corrida de toros mansos con la quema de conventos, de frailes y monjas”? Si fuera literatura tendríamos una razón tranquilizadora, pero es historia. La tragedia griega intentaba canalizar las iras de las multitudes sobre los sucesos del escenario para que las turbas calmasen su sed de sangre. Ya no se puede interpretar el teatro, los toros, las fiestas, la política y sus liturgias, sucedáneos de la tragedia, de lo dionisiaco sin Girard. Alfonso Vila, Manuel Delgado lo intentan, parecen acercarse al escándalo, pero no van más allá, y moviéndose en el filo de lo políticamente correcto, cuando se quedan perplejos por esa asociación indebida, incomprensible, que no acaban de entender, les sale la misma ferocidad auto justificadora que se dan siempre a sí mismos los verdugos: “ellos, los curas, mataron antes...” en la noche de los tiempos, en la Inquisición y sin darse cuenta caen en el estereotipo de las simetrías justificadoras de la venganza mimética, aunque con siglos de distancia. El desfase histórico es salvado con la conclusión basada en que “todo en este mundo se rige por la reciprocidad”. El toma y daca justifica que ahora les toca a las víctimas ser verdugos, porque los otros fueron verdugos porque antes fueron víctimas. Es el mito del eterno retorno. No hacen falta datos, historia científica, basta que se mueva en el aire esa sensación compartida de que “algo de verdad habrá”.

La solución es complicada porque el orgullo no deja a nadie dar marcha atrás y porque la historia gusta en repetirse, como si los hombres no encontrasen más modo de obtener espurios órdenes sociales más que expurgando. Clausewitz desgraciadamente ha demostrado tener razón: iremos a los extremos hasta las tinieblas exteriores. Yugoslavia, Líbano, Irak, Israel, Kurdistán, Afganistán, Ucrania, Siria son ejemplos más o menos recientes de lo que ha sido siempre en la historia. La democracia es muy débil cuando lo que está en juego son emociones miméticas, juega a imponer cierta racionalidad en las ideas y decisiones, pero no sabe gestionar el punto de irracionalidad que se esconde agazapado tras la mimesis.

Supondría una desmitificación de las relaciones historias vividas por el sujeto, un restablecimiento de la cronología ilusoria, una revelación de la realidad mimética del deseo, una desmitificación de la reivindicación mítica del yo, un reconocimiento de la primariedad del otro, una clara consciencia de la inocencia de todos aquellos que obran por ignorancia. La hipnosis aporta una prueba científica de la realidad mimética de la relación interindividual a todos los observadores de buena fe. Debemos recurrir a los antropólogos para entendernos. Tenemos que abandonar las viejas teorías sobre las diferencias económicas, la lucha de clases o de ideas, la territorialidad, la historia como motores del conflicto y empezar a trabajar una psicología que

¹⁰ *La ira sagrada. Anticlericalismo, iconoclastia y antiritualismo en la España contemporánea*, Humanidades, Barcelona, 1992.

supere la idea de sujeto autónomo, por la de un sujeto que se constituye en la relación interindividual, en la influencia mutua de un sujeto sobre otro.

La conciencia es alteridad, como dice Léon Chertok: “todavía seguimos prisioneros del dualismo cartesiano”. Este es el camino para convertir al rival en la oportunidad de ser mejor. De la conversión del deseo a la ética. La propuesta explícita de un “buen modelo” y un “mal modelo”¹¹. Las relaciones entre personas desordenadas de toda clase sólo manifiestan la mimesis en su dimensión rival que se exagera por todos lados. El yo reivindica la propiedad originaria de su deseo sin saber verdaderamente lo que quiere, porque es simple imitación. Hasta ahora a duras penas podía funcionar la prohibición o el amor de Dios o de los padres, pero nada puede parar esta escalada mimética sin retorno.

El 10^a Mandamiento era la clave para entender el peligro de los desórdenes sociales y del desequilibrio psicológico. Ponía en juego la mimesis como factor primario del conflicto que desordena la sociedad civil. Envidiar lo que el otro es, juzgado por lo que ostenta, es la clave de la interrelación violenta. Todas las tradiciones religiosas lo comprendieron: el miedo al deseo es la clave del burka islámico o del budismo. Todo son protecciones por el miedo al deseo, el pánico a que los celos o la envidia desaten la catástrofe...¹²

El proverbio egipcio que justifica el burka: “Si el ojo no ve, el corazón no sufre” (“Ojos que no ven, corazón que no siente”). Es una fórmula que tiende a evitar la mimesis de apropiación. Es necesario esconder todos los objetos que pueden suscitar la envidia y hacer nacer un deseo rival. Ciertos filósofos hindúes expresan también el miedo a la rivalidad: por eso prescriben la renuncia al deseo. «Si no tengo nada, no se me puede envidiar nada, nadie puede tenerme celos, no tengo pues ya rivales. De aquí la indigencia prescrita por estos filósofos. Y por eso los gurús rivalizaran en indigencia, miseria, y santidad...para desentenderse de los peligros de la competencia del haber, lo hacen en la del ser.

La ascesis sólo como control físico de la pasión es una preparación preventiva de la patología del deseo rival. Pero no reconduce la pasión ni obtiene lo positivo del deseo (de ahí el inmovilismo de las sociedades animistas o asiáticas). Pero esa conciencia es el privilegio de unos pocos seres espirituales. El resto de la gente en esos países es gobernado por las mismas leyes del deseo mimético.

Por eso los jóvenes deben ser “iniciados” en la comprensión de los mecanismos del deseo, y no dejarlos como si fuera una simple técnica física la relación amorosa o algo que se aprende de manera natural... cuando ya sea demasiado tarde.

¹¹ Léon Chertok, *Le Non-savoir des psy*, 1979, p. 198.

¹² Oughourlian, *Ibid.*, p. 254.